

Nada es imposible

Nietas de un canillita que tenía gran parte del reparto de Temperley e hijas de un hombre que murió soñando con un escaparate propio, las hermanas Molina debutaron como vendedoras de diarios y revistas por accidente. “Llevamos el oficio en la sangre”, admiten.

De un día para el otro, sin mucha idea, María Fernanda y Marcela Molina se hicieron cargo del reparto de su padre, Raúl. “Papá tuvo un infarto y pedía una sublingual porque sabía que si él no estaba, se venía todo a pique”, recuerdan.

Después de varios días de internación, ya con el alta, el hombre volvió a la esquina histórica en la que cumplió 50 años de oficio. Pero el panorama era distinto: sus hijas estaban al mando. “Trabajó hasta 15 días antes de falle-

“LA TRAYECTORIA DE MI PAPÁ NOS AYUDÓ MUCHO.”

cer. Venía y nos ayudaba con los cobros, por ejemplo, porque no requería mucho esfuerzo físico”, indica Marcela.

Lucas, el precursor

En la década del 30, cuentan las hermanas Molina, el único canillita de la zona era Lucas Catoggio: “Nuestro abuelo tenía reparto desde la estación de Temperley hasta la rotonda de Llavallol. Estamos hablando de otros tiempos, había que ir a buscar los diarios a Constitución y todavía no existía la devolución.”

El kiosco de Lucas estaba ubicado en la estación de trenes de Turdera. “Cuando mi abuelo falleció, se hizo cargo uno de sus hijos, hermano de mi mamá; pero después mis primos se dedicaron a otra cosa y actualmente ese kiosco está cerrado”, apunta María Fernanda.

Por aquellos años, a principios del siglo XX, no había asfalto, ni semáforos ni multas por exceso de velocidad. “Esto era todo campo y se fue poblando de a poco. A medida que fue llegando gente al barrio, mi abuelo fue regalando paradas. Vos le decías que no tenías trabajo y él te daba un sector para que arranques a laburar y ayudes a tu familia. El tema es que todos esos

canillitas que empezaron con mi abuelo no devolvieron nunca las paradas: las vendieron. Así perdimos mucho reparto”, lamentan.

Sobre cuatro ruedas

Oriundo de Sierra de la Ventana, Raúl Molina llegó a Buenos Aires con una esperanza bajo el brazo: triunfar en Independiente. “Se vino a probar suerte porque era muy bueno, todavía tenemos recortes de diarios de sus hazañas con la pelota, pero no lo tomaron porque ya era grande, tenía 27 años”, explican sus hijas.

Dos años después se casó con la hija de Lucas. “En ese momento le compró a mi abuelo la mitad del reparto que le quedaba y debutó como canillita en esta esquina.”

La esquina es la misma que actualmente separa tres localidades entre sí: Turdera, Llavallol y Temperley. Pero la fisonomía era distinta, había menos casas, menos comercios y menos espacio de exhibición para vender diarios.

“Mi papá fue canillita durante medio siglo, pero nunca tuvo un escaparate. Se murió con la ilusión de comprar un kiosco de diarios y revistas”, relatan las hermanas Molina.

Raúl vendió el primer diario en 1959. “En aquel entonces tenía el reparto de la mañana y de la tarde, así que an-

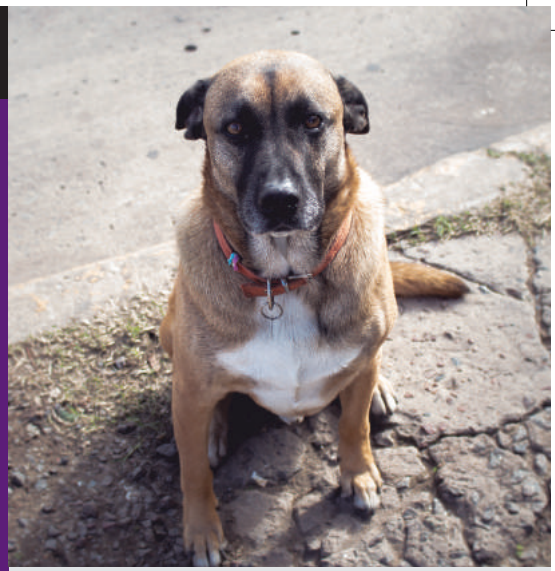


Durante más de 20 años, las hermanas Molina usaron el Renault 12 de su padre como escaparate. “Abríamos el baúl y teníamos tres cajones con todo el material, así que la gente conoce más al auto que a nosotros”, bromea.

LUCAS, EL HIJO DE MARCELA, SUELE REEMPLAZAR A LAS CANILLITAS CUANDO SE VAN DE VACACIONES.



El equipo del kiosco “Hermanas Molina” sigue el legado de Raúl. “A las 03:30hs ya estamos en la calle, esperando el camión. Nos fijamos que el diario quede bien pegado en la puerta, y si llueve, lo entregamos con bolsita. Además, cuando llega un cliente nuevo, le damos un imán para la heladera. La misma atención diferencial tenemos con aquellos que suelen comprar colecciones: les pedimos su número y les avisamos por WhatsApp cada vez que entra un producto que creemos que les puede interesar”, detallan.



Rubio, el guardián

“Apareció muy triste, no quería comer”, dicen Marcela y María Fernanda cuando Rubio se acerca a saludar. Para custodiar qué sucede alrededor del puesto, el perro pega un salto y se sube a la bandeja del escaparate. “Ese es su lugar en el mundo”, resumen.

Cuando lo encontraron, el canillita de cuatro patas estaba deambulando por la zona. “Nos enteramos de que había un viejito que lo estaba buscando, pero nunca pudimos localizarlo. Así que se fue quedando en la parada, hasta que un día nos siguió a casa y no nos dimos cuenta. Se ve que olfateó el auto e hizo el mismo recorrido. Ahora tenemos la tenencia compartida, algunos días vive con ella y otros conmigo”, ilustra Marcela. El perro hace jornada completa, lidera el reparto y tiene devoción por el camión de la distribuidora.

“Cuando ve que viene cruzando el puente, se vuelve loco.” Algo similar le sucedía a Raúl, por eso las hermanas Molina creen que Rubio es la reencarnación de su padre: “Es chueco como él, hace el reparto con nosotros y casi no ladra”, argumentan.

Sin embargo, no es el único amigo del kiosco: hay otros perros que se alimentan gracias a la empatía de Marcela y María Fernanda. “A medida que vamos haciendo el reparto, vamos dejando agua y alimento balanceado para los callejeritos en distintas postas. Ellos ya saben a qué hora pasamos, así que nos esperan moviendo la cola. Lo peor es que cada vez se suman más, ahora son cerca de 15 pichichos”, señalan.

daba todo el día de acá para allá con su bici”, describe Marcela.

Ubicar al canillita era fácil: si no estaba recorriendo las calles del barrio, estaba apoyado sobre un Renault 12 en General Frías y Pichincha (Turdera, Buenos Aires). “Como no tenía escaparate, usaba el capot y el parabrisas del auto como vidriera.”

La herencia

Marcela (53) y María Fernanda (56) son la tercera generación de canillitas, pero recién cuando tuvieron que sacar las papas del horno descubrieron que llevaban el oficio en la sangre: “Esporádicamente veníamos a darle una mano a mi papá y de chicas, algunas veces, lo ayudamos a armar los diarios, pero nada más. Cuando se enfermó, sentimos que se nos vino el mundo abajo. Tuvo un infarto, de repente, y tuvimos que salir a cubrirlo porque si no perdíamos el trabajo de muchos años”, se sinceran.

Las hermanas Molinas se pusieron el traje de canillitas a las apuradas. “Éramos un desastre. ¡Me acuerdo que el

primer reparto que hicimos un domingo se extendió hasta las 14.30 horas! Una locura, porque por lo general lo tenemos listo a las 8.30 como muy tarde”, describe la mayor de las hermanas.

“Pasa que no sabíamos ni cómo enrollar el diario. Teníamos los pedidos separados y no sabíamos a quién teníamos que entregarlo. Papá nos había dejado algunas referencias que conservamos aún hoy: “mostacho”, “rejas blancas”, “escalera”, “tejas rotas”, “casamentera”, etc. Tan es así que un día me dijo: ‘Entrá al PH, andá al fondo y dejale el zonal a la gorda’. En medio del pasillo, una señora me pregunta: ‘¿Para quién es ese diario?’ Y le respondo: ‘Para la gorda del fondo’. Resulta que era para ella”, cuenta entre risas Marcela.

Camino propio

Después de varias décadas de trabajo, Marcela y María Fernanda pudieron comprar el primer escaparate de los Molina. “Pienso que papá estaría orgulloso de nosotras porque pudimos cumplir su sueño. Trabajar en el auto

no era lo más cómodo, los días de lluvia eran fatales. Cuando se rompía e iba al mecánico, no podíamos exhibir la mercadería y teníamos que hacer el reparto con el changuito de las compras.”

Pasaron apenas tres años de aquel día que aún recuerdan con emoción. *“Vimos el mueble por MercadoLibre y se lo compramos a un muchacho de San Pedro que cerraba su parada. Lo bajamos del camión muy a pulmón, sin máquinas, con la ayuda de los vecinos. Y cuando lo vimos listo, no lo podíamos creer. La primera semana, pasaba la gente del barrio tocando bocina y gritando: ‘Al fin, chicas, al fin’. Eso, para nosotras, no tiene precio”,* explican.



María Fernanda ama a los animales: *“En casa tengo tres perros y trece gatos. Si algún día se pierde alguno, me muero; así que me pongo en el lugar del otro y si desaparece alguna mascota del barrio, pongo panfletos entre las hojas de los diarios”.*



Chiche, esposo de María Fernanda, reposa sobre un árbol que plantó Raúl Molina. *“Mi suegro era un gran laburante y estoy seguro de que siempre nos acompaña”,* confía el suplente oficial de las hermanas.



Antes de ser canillita, Raúl Molina fue ferroviario y trabajó en una embotelladora. *“Mi papá nunca nos vio como mujeres y siempre nos exigió trabajar como si fuésemos hombres”,* aseguran sus hijas.

Camino propio

Después de varias décadas de trabajo, Marcela y María Fernanda pudieron comprar el primer escaparate de los Molina. *“Pienso que papá estaría orgulloso de nosotras porque pudimos cumplir su sueño. Trabajar en el auto no era lo más cómodo, los días de lluvia eran fatales. Cuando se rompía e iba al mecánico, no podíamos exhibir la mercadería y teníamos que hacer el reparto con el changuito de las compras.”*

Pasaron apenas tres años de aquel día que aún recuerdan con emoción. *“Vimos el mueble por MercadoLibre y se lo compramos a un muchacho de San Pedro que cerraba su parada. Lo bajamos del camión muy a pulmón, sin máquinas, con la ayuda de los vecinos. Y cuando lo vimos listo, no lo podíamos creer. La primera semana, pasaba la gente del barrio tocando bocina y gritando: ‘Al fin, chicas, al fin’. Eso, para nosotras, no tiene precio”,* explican.



Marcela agradece todo lo que les pasa. *“Al estar en la calle tan temprano, estamos expuestas. En todos estos años hemos pasado algunos malos tragos, incluso nos quisieron asaltar a punta de pistola, pero no pudieron con nosotras. Soy muy creyente, así que considero que, más allá de todo, uno tiene que transformar lo malo en algo positivo”,* reflexiona.

“PAPÁ ESTARÍA ORGULLOSO DE NOSOTRAS.”